

—Ya veis,—dijo Cosette llorando;—Mario asegura que no moriréis.

Juan Valjean continuaba sonriéndose.

—Señor de Pontmercy, aunque me recobraseis, ¿impediría eso que fuese lo que soy? No; Dios ha pensado como vos y como yo, y él no cambia de dictamen. Es útil que parta. La muerte lo arregla todo. Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Que seáis dichosos, que el señor de Pontmercy posea á Cosette, que la juventud se despose con la mañana, que haya en torno vuestro, hijos míos, lilas y ruiseñores, que vuestra vida sea un hermoso césped iluminado por el sol, que los encantos del cielo inunden vuestra alma, y que yo, que para nada sirvo, me muera; todo esto se armoniza perfectamente. Vaya, seamos razonables; no hay remedio ya; conozco que no hay remedio. Hace una hora tuve un desmayo, y después, esta noche pasada, me he bebido todo ese jarro de agua. ¡Qué bueno es tu marido, Cosette! Con él te va mejor que conmigo.

Se oyó ruido en la puerta.

Era el médico que entraba.

—Buenos días y adiós, doctor,—dijo Juan Valjean.—Ved á mis pobres niños.

Mario se acercó al médico y le dirigió esta sola palabra:

—Caballero...—Mas en la manera de pronunciarla, había una pregunta completa.

El médico respondió con una expresiva mirada.

—Porque las cosas desagraden,—dijo Juan Valjean—no es razón para que seamos injustos con Dios.

Hubo un silencio. Todos los pechos estaban oprimidos.

Juan Valjean se volvió hacia Cosette, y se puso á contemplarla como si quisiera atesorar recuerdos por una eternidad. En la profunda sombra donde ya

había descendido, aún le era posible el éxtasis mirando á Cosette. La reverberación de aquel dulce rostro iluminaba su pálida faz. En el sepulcro puede haber también deslumbramientos.

El médico le tomó el pulso.

—¡Ah! ¡necesitaba de vosotros!—dijo dirigiéndose á Cosette y á Mario.

E inclinándose al oído del último, añadió muy bajo:

—Es demasiado tarde.

Juan Valjean, sin apartar casi los ojos de Cosette, consideró al médico y á Mario con serenidad. Se oyó salir de su boca esta frase apenas articulada:

—Nada importa morir; pero el no vivir es horrible.

De repente se levantó. Estas renovaciones de fuerza son á veces señal de la agonía. Caminó con paso firme hacia la pared, desvió á Mario y al médico que querían ayudarle, descolgó el crucifijo de cobre, volvió á sentarse con toda libertad de movimientos de una persona en completa salud, y dijo, alzando la voz y colocando el crucifijo sobre la mesa:

—Ese es el gran mártir.

Después su pecho se rindió; sintió que le vacilaba la cabeza, como si le acometiese el vértigo de la tumba, y apoyadas las manos en las rodillas, se puso á escarbar con las uñas el paño del pantalón.

Cosette le sostenía los hombros y sollozaba, procurando inútilmente hablarle. Distinguíanse entre las palabras, mezcladas con esa saliva lúgubre que acompaña al llanto, frases por el estilo de éstas:—¡Padre! No nos abandonéis. ¿Es posible que no os hayamos encontrado sino para perderos?

Pudiera decirse que la agonía serpentea. Va, viene, se adelanta hacia el sepulcro y retrocede hacia la vida. Hay algo de titubeo en el acto de morir.

Juan Valjean, después de aquel medio síncope, se serenó, sacudió la frente como para disipar las tinieblas que se iban allí aglomerando y recobró casi una completa lucidez. Tomó la manga del vestido de Cosette y la besó.

—¡Vuelve en sí, doctor, vuelve en sí!—gritó Mario.

—Ambos sois buenos,—dijo Juan Valjean.—Voy á explicaros lo que me ha causado viva pena. Me ha causado viva pena, señor de Pontmercy, que no hayáis querido tocar á ese dinero. Ese dinero es de vuestra mujer. Esta es una de las razones, hijos míos, por la que me he alegrado más de veros. El azabache negro viene de Inglaterra y el azabache blanco de Noruega. En el papel que veis ahí, consta todo esto. Para los brazaletes inventé sustituir los colgantes simplemente enlazados á los colgantes soldados. Es más bonito, mejor y menos caro. Ya comprenderéis cuánto dinero puede ganarse. Así, el caudal de Cosette es suyo, legítimamente suyo. Os refiero estos pormenores para que os tranquilicéis.

Cosette, con mucha suavidad, le puso una almohada bajo el cuerpo.

Juan Valjean continuó:

—Señor de Pontmercy, no temáis nada, os lo suplico. Los seiscientos mil francos son de Cosette. Si no disfrutaseis de ellos, resultaría perdido todo el trabajo de mi vida. Habíamos conseguido fabricar con singular perfección los abalorios, y rivalizábamos con los de Berlín.

Cuando va á morir una persona que nos es querida, las miradas se fijan en ella como para retenerla. Los dos jóvenes, mudos de angustia, no sabiendo qué decir á la muerte, desesperados y trémulos, estaban en pie delante del anciano; Cosette daba la mano á Mario.

Juan Valjean declinaba por instantes. Se le veía descender y acercarse al horizonte de tinieblas. Su respiración era ya intermitente é interrumpida por un poco de estertor. Le costaba trabajo cambiar de posición el antebrazo, y los piés habían perdido todo movimiento. Al mismo tiempo que la miseria de los miembros y la postración del cuerpo crecían, toda la majestad del alma brillaba, desplegándose sobre su frente. La luz del mundo desconocido era ya visible en sus pupilas.

Su rostro se ponía pálido, pero continuaba siempre sonriente. No era aquélla la vida; era otra cosa. El aliento decaía, al paso que la mirada se sublimaba. Diríase un cadáver con alas.

Hizo señas á Cosette para que se aproximase y luego á Mario. Era, sin duda, el último minuto de su última hora, y se puso á hablarles con una voz tan baja que parecía venir de lejos, como si en aquel momento hubiese ya una pared divisoria entre ellos y él.

—Acércate, acercaos los dos. Os quiero mucho. ¡Oh! ¡qué placer morir así! Tú también me quieres, Cosette. Yo sabía que te quedaba siempre algún cariño para tu viejo. ¡Cuánto te agradezco, niña mía, esta almohada! Me llorarás, ¿no es verdad? Pero que no sea con demasía. No quiero que tengas verdaderos disgustos. Divertísteis mucho, mis amados hijos. Se me olvidaba deciros que las hebillas sin clavillos producían más que todo. La gruesa, las doce docenas, costaba diez francos y se vendía en sesenta. No debéis, pues, admiraros de los seiscientos mil francos, señor de Pontmercy. Es dinero ganado honradamente. Podéis ser ricos sin repugnancia alguna. Será preciso que compréis un carruaje, que vayáis de vez en cuando á los teatros. Cosette, para tí bonitos vestidos de baile, para vuestros amigos buenas comidas. Sed di-

chosos. Me ocupaba hace poco en escribir á Cosette; ya encontrará mi carta. Le lego los dos candeleros que están sobre la chimenea. Son de plata; mas para mí son de oro, de diamantes, y convierten las velas en cirios. No sé si el que me los dió está satisfecho de mí en el cielo. He hecho lo que he podido. Hijos míos, no olvidéis que soy un pobre y os encargo que me hagáis enterrar en el primer rincón de tierra que haya á mano, con sólo una piedra por lápida. Es mi voluntad. Sobre la piedra no grabéis ningún nombre. Si Cosette quisiere ir allí alguna vez, se lo agradeceré. Vos también, señor Pontmercy. Debo confesaros que no siempre os he tenido afecto; os pido perdón. Ahora, ella y vos no sois más que uno para mí. Os estoy muy reconocido, pues veo que haréis feliz á Cosette. ¡Si supieseis, señor Pontmercy, cuánto ha sido mi cariño hacia ella! Sus hermosas mejillas rosadas eran mi alegría; en cuanto la veía un poco pálida ya estaba triste. Hay en la cómoda un billete de quinientos francos. Es para los pobres. Cosette, ¿ves tu trajecito allí sobre la cama? ¿Lo conoces? No hace más que diez años de eso. ¡Cómo pasa el tiempo! Hemos sido muy dichosos. Hijos míos, no lloréis, que no me voy muy lejos; desde allí os veré. Con sólo que miréis cuando sea de noche, mi sonrisa se os aparecerá. Cosette, ¿te acuerdas de Montfermeil? Estabas en el bosque y tenías miedo. ¿Te acuerdas cuando yo cogí el asa del cubo lleno de agua? Es la primera vez que he tocado tu pobre manita. ¡Y qué fría estaba! Entonces vuestras manos, señorita, tiraban á rojas; hoy brillan por su blancura. ¿Y la muñeca? ¿te acuerdas? la llamabas Catalina y sentías no haberla llevado al convento. ¡Qué de veces me hiciste reír, ángel mío! Cuando había llovido echabas en el arroyo granzones de paja y las mirabas correr. Un día te dí una raqueta de mimbre y un volante con plumas amarillas,

azules y verdes. Te has olvidado, de seguro. ¡Eras tan traviesa! No hacías más que jugar. Te colgabas las guindas de las orejas. Son cosas pasadas. Los bosques que uno ha atravesado con su amada niña, los árboles que les han resguardado del sol, los conventos que los han resguardado de los hombres, las inocentes risas de la infancia; todo no es más que sombra. Se me figuró que estas cosas me pertenecían y ahí estuvo el mal. Los Thenardier han sido muy perversos; pero es menester perdonarlos. Cosette, ha llegado el momento de decirte el nombre de tu madre. Se llamaba Fantina. Retén este nombre: Fantina. Arrodíllate cada vez que lo pronuncies. Ella padeció mucho y te quería con extremo. Su desgracia fué tan grande como es grande tu felicidad. Dios lo dispuso así. Dios nos ve desde el cielo á todos y sabe, en medio de sus brillantes estrellas, lo que hace. Me voy, pues, mis queridos niños. Amaos siempre mucho. En el mundo casi no hay otra cosa que hacer. Pensaréis alguna vez en el pobre viejo que ha muerto aquí. Cosette mía, no tengo yo la culpa de no haberte visto en tanto tiempo. El corazón se me desgarraba. Iba hasta la esquina de la calle, sin que me importase el juicio que debían formar de mí los transeuntes; estaba loco; una vez me fuí sin sombrero. Hijos míos, empiezo á ver turbio; aun tenía que deciros muchas cosas, pero es igual. Pensad un poco en mí. Sois seres benditos. No sé lo que siento, pero me parece que veo claridad. Acercaos más. Muero dichoso. Dadme vuestras cabezas amadas, muy amadas, para poner encima mis manos.

Cosette y Mario, fuera de sí, cayeron de rodillas, inundando de lágrimas las manos de Juan Valjean; manos augustas que habían cesado de moverse.

Estaba echado hacia atrás, de modo que la luz de

los candelabros le iluminaba el pálido rostro, dirigido hacia el cielo.

Cosette y Mario cubrían sus manos de besos. Estaba muerto.

Junto á él se veía la noble figura del sacerdote, que, avisado por la portera, sólo había llegado á tiempo de recoger su último suspiro.

La obscuridad de la noche era tal, que no se divisaban las estrellas. Sin duda en la sombra algún ángel inmenso, de pie y con las alas desplegadas, estaba esperando el alma.

VI
LA HIERBA OCULTA, Y LA LLUVIA BORRA

Hay en el cementerio del padre Lachaise, en las cercanías del hoyo común, lejos del barrio elegante de la ciudad de los sepulcros, lejos de todas esas tumbas, hijas del capricho, que ostentan, al borde de la eternidad, las horribles modas de la muerte, en un ángulo desierto, al pie de una antigua pared, bajo un gran tejo por el cual trepan las enredaderas de campanilla, en medio de la grama y del musgo, una piedra.

Esta piedra no se halla menos expuesta que las demás á la lepra del tiempo, á los defectos de la humedad, del líquen y de las inmundicias de los pájaros. El agua la pone verde y el aire negra. No está próxima á ninguna senda, ni agrada ir por aquel lado á causa de la altura de la hierba y porque en seguida se mojan los piés. Cuando la bañan los rayos del sol, se suben á ella los lagartos. Al rededor se estremecen las balluecas, agitadas por el viento, y en la primavera cantan en el árbol las currucas.

La piedra está desnuda. Al cortarla, únicamente se pensó en las necesidades de la tumba, esto es, en que fuese bastante larga y bastante estrecha para cubrir una persona.